

Cuaderno abierto

Por Antonio PEREIRA

Las vacaciones del verano son lo que son y son además una moratoria para obligaciones de todo tipo: personales(a ver cómo veo la cosa al volver en septiembre), terapéuticas (mejor operarse pasado el verano) y por supuesto las crediticias(las letras no me las giren en julio ni agosto que tenemos cerrado). Se trata, sobre todo, de aplazar, de esperar, de dejar correr un tiempo en que le damos la espalda a cualquier apremio. Y no es infrecuente que la propia tregua, sin más, nos regale la solución.

Yo espero y deseo que el madrileño Informaciones, periódico veterano (como que tiene mí misma edad), encuentre en las anunciadas vacaciones la ocasión de reforzar su musculatura estructural y económica. La otra, la profesional, se ha mostrado bien recia a lo largo de esta última etapa, consistente en trece meses de pulcritud periodística. Sí, creo que he acertado en lo de pulcritud. Desde la tipografía hasta el enfoque y desarrollo de los temas.

Pero dentro de lo que es el conjunto del periódico, se comprende qué debemos aludir aquí a las páginas culturales. Todo periódico se parece a una ciudad. con su puerta o portada principal y las avenidas y bulevares, las plazoletas, los rincones menos iluminados. El periódico nuestro de cada día -cualquiera que sea- viene denso y tenso y no es raro que cuando ya hemos dedicado un buen rato a transitarlo nos inclinemos por la búsqueda de un espacio mullido y verde. En esto. «los jueves» de Informaciones han llegado a rizar el rizo. A mayores de la doctrina literaria y artística y de la correspondiente crítica de las novedades, el periódico de la calle San Roque (ahora en otra calle hagiógrafa: la de San Romualdo comete la hermosa locura de ofrecer a sus parroquianos un cuento inédito, acompañado de un poema no menos virginal. ¿Se hacen ustedes cargo? Un puñado de versos, que ya en su peculiar trazado tipográfico están prometiendo la emoción mucho, más que la información. Y al lado, ¡Santo Dios!, un cuento como los que otrora esperaban encontrar miles de lectores con la firma reciente de Maupassant, de Chejov, de Clarín o la Pardo Bazán. Como los que ahora mismo, en 1983, publican las páginas dominicales del parisien Le Monde, de La Nación de Buenos Aires, de El Tiempo de Bogotá.

Informaciones, en fin, entiende que al poeta y al cuentista hay que pagarles sus trabajos. Y para colmo tiende a tarifarlos, cuando menos dejando a salvo la dignidad. Demasiado hermoso. Demasiado frágil para navegar en estos turbiones de crisis.

Resta poner aquí un nombre muy próximo a la aventura que se comenta: Bernardino Martínez Hernando, que abrió brecha en el León de hace unos años con sus crónicas desde la plaza del Mercado, desvelador de tantas sensibilidades juveniles en aquellos cines de ensayo, inspirador de Claraboya. En el Madrid literario se oye aludir con frecuencia una «mafia leonesa». Los escritores del viejo reino, ciertamente, se agrupan, se comunican, se ayudan. Aunque no más que los de Tomelloso, y no digamos los cordobeses o los gaditanos. Parece explicable que las pulcras -repito- páginas orientadas por Bernardino, hayan recogido nombres leoneses que, en cualquier caso, resultan inexcusables en la actualidad creadora de hoy.